



José Carbonell Castelló, Secretario Técnico del COIAL

“Sin agricultura, nada”

Ingeniero Agrónomo en la especialidad de Ingeniería Rural por la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Agrónomos (ETSIA) de la Universidad Politécnica de Valencia (UPV), ejerce desde 2005 como secretario técnico del Colegio Oficial de Ingenieros Agrónomos de Levante (COIAL). Repasa para Agronatura asuntos de plena actualidad como el control de plagas y enfermedades, la fauna salvaje, las infraestructuras hidráulicas y los incendios forestales, poniendo en valor la labor ambiental del sector agrario.

¿Qué aporta el Colegio Oficial de Ingenieros Agrónomos de Levante (COIAL) al sector agrario y al medio natural?

El Estado delega en los colegios la ordenación de la profesión, en este caso de los ingenieros agrónomos: control del ejercicio (visado, código deontológico) y, al mismo tiempo, apoyo al profesional con formación continua, información técnica y un seguro de responsabilidad civil que cubra sus errores no dolosos. Defender al ingeniero no es hacer de “abogado del ingeniero”, sino formarlo, informarlo y cubrir sus espaldas para que pueda trabajar bien y, si se equivoca sin mala fe, que el daño quede reparado. Cuando el ingeniero está bien formado y bien protegido, el ciudadano también lo está. Además de esa función, el COIAL es una voz técnica acreditada en todo lo que afecta a la ingeniería agronómica, al sector agrario y al medio natural. La administración nos consulta leyes, reglamentos y normas, y muchas veces hacemos de “Pepito Grillo”, avisando de riesgos futuros porque, en este sec-

tor, los problemas tienden a repetirse. Y, por último, el COIAL es un punto de encuentro: a nuestros premios acuden cada año más de 300 personas de todo el ecosistema agrario, agroalimentario y medioambiental. Además de corporación profesional, somos un espacio técnico y también cultural, donde se debaten ideas, se reconocen trayectorias y se va tejiendo comunidad.

¿Qué salida laboral tienen los ingenieros agrónomos? ¿Cómo pueden contribuir a lograr una agricultura más rentable y sostenible?

La ingeniería agronómica ha crecido por capas. Nacimos en la producción primaria, vegetal y animal; de ahí pasamos a la ingeniería rural (construcciones, riegos, energía, caminos); después nos ensanchamos con la industria alimentaria -desde la fruta fresca hasta la quinta y “sexta” gama-; y más tarde abrimos campo en lo que ahora llamamos infraestructura verde y en todo el universo de las “biocosas”: biomateriales, bioenergía, biorremediación... Por

eso hoy hablamos de una ingeniería de biosistemas: el suelo agrario ya no es solo un soporte de alimentos, sino de muchos otros bienes y servicios. En términos de empleo, eso se traduce en que los ingenieros agrónomos trabajamos en muchísimos ámbitos. Aun así, no debemos olvidar algo que es nuestro lema: “sin agricultura, nada”.

¿Y cómo contribuimos a una agricultura más rentable y sostenible? Aceptando una idea sencilla: si una actividad no genera valor, no hay rentabilidad; y si no hay rentabilidad, no hay sostenibilidad posible. Así de claro. Por tanto, la condición de partida es una agricultura que genere valor. La rentabilidad tiene dos grandes dimensiones. Por un lado, estar enfocados al mercado: es un cambio de mentalidad importante, pasar de “producir lo de siempre” a “producir lo que se demanda”. La otra dimensión es trabajar sobre los costes: agua, energía, fertilizantes, tiempo, pérdidas y desperdicio. Reducir costes en este sentido amplio es, también, hacer sostenibilidad. Además, si aquí no



EN PRIMERA PERSONA

“Si hacemos un esfuerzo de planificación, estructura, orientación al mercado y comunicación positiva, el campo no solo tendrá futuro: tendrá presente. Y un presente del que mucha gente querrá formar parte.”

alteramos y mejoramos la estructura agraria, no vamos a poder competir. Mejorar la estructura agraria significa adaptar la dimensión, la forma y la organización de la explotación al público al que quieres servir. El ingeniero agrónomo no es una varita mágica, pero sí una herramienta potentísima al servicio del sector.

Las políticas agrarias de la Unión Europea están provocando problemas para controlar las plagas y enfermedades. ¿Qué soluciones destacaría para revertir esta situación?

No tiene sentido invertir en tierra, agua, insumos y trabajo para que una plaga pueda tirar por tierra, en pocos días, el esfuerzo de todo un año. Y no solo es una pérdida económica: también es un golpe moral para quien vive de ese cultivo. El problema es que Europa es muy garantista con los fitosanitarios -lo cual, en principio, es bueno- pero esa fijación se ha traducido en menos herramientas justo cuando, por comercio global y clima, tenemos más plagas y más agresivas. Parece el perro del hortelano: ni permite usar según qué productos bajo controles estrictos, ni facilita de verdad la llegada de otros.

Para revertir esta situación, destacaría tres líneas. Primero, tratar la sanidad vegetal como lo que es: sanidad pública. Invertir en vigilancia, modelos de predicción y sistemas de alerta temprana, igual que hacemos con las enfer-

medades humanas. Segundo, ordenar bien las herramientas: no es “química contra biológico”, sino usar cada cosa donde toca, como diferenciamos entre un paracetamol y una quimioterapia. Y tercero, apostar en serio por conocimiento e innovación: fisiología vegetal, manejo integral de explotaciones, insectos auxiliares, machos estériles, productos de bajo impacto... Todo eso ya existe. El reto es desplegarlo sin demonizar al sector y sin que nos roben el discurso de la sostenibilidad: la agricultura ha mantenido el territorio y ha alimentado a la población; si ahora queremos que lo haga con menos impacto, tendremos que darle herramientas, no quitárselas sin más.

¿Considera que es necesario reducir la superpoblación de fauna salvaje en nuestro territorio?

Cuando hay sobrepoblación de determinadas especies, sí, es necesario gestionarla. Para mí no es solo un problema económico: es un problema ambiental, de seguridad y sanitario. Si hay demasiados animales en un territorio concreto, y concentrados cerca de las personas y de los cultivos, aparecen daños, accidentes y riesgos de transmisión de enfermedades. Hemos llegado aquí porque, en muchas zonas, se han abandonado usos tradicionales: agricultura de montaña, pastoreo, aprovechamientos forestales... El territorio estaba más “ocupado” y eso mantenía las poblaciones de fauna acotadas. Los animales salvajes descu-

bren que su “supermercado” muchas veces son las explotaciones agrarias: entrar en un campo y comerse un cultivo es mucho más cómodo que buscar raíces o hierbas dispersas. Y tampoco podemos confiar en que los depredadores naturales, por sí solos, arreglen el problema: ni hay tantos, ni su comportamiento es “selectivo”, ni los tiempos de la naturaleza son los mismos que para nosotros. De lo que se trata, en el fondo, es de actuar con razonabilidad y responsabilidad, con criterios técnicos y transparencia, para que agricultura, fauna y personas puedan convivir.

Desde su visión, ¿España y la Comunidad Valenciana en particular necesitan más infraestructuras hidráulicas?

Cuando los ingenieros pedimos más presas e infraestructuras, estamos diciendo: hagamos lo necesario para tener un margen de seguridad que evite que el agua llegue donde están las personas, las casas o las industrias. La pregunta no es solo “presas sí o no”, sino qué sistema hidráulico necesitamos. Las presas se pueden hacer donde se dan las condiciones; donde no, hay que optar por otras soluciones. Por otro lado, necesitamos sistemas flexibles que sirvan tanto para gestionar sequías como para amortiguar lluvias extremas: embalses, balsas y pequeñas presas de laminación que almacenen agua y, a la vez, corten picos de avenida; actuaciones en cabeceras para reducir erosión y favorecer la recarga de acuíferos. El dicho valen- ►

“Hacen falta más infraestructuras hidráulicas, pero sobre todo hace falta un sistema en red, coherente, que nos permita convivir mejor con el agua, cuando falta y cuando sobra.”



ciano de “qui guarda, quan té, menja quan vol” aquí se aplica al agua al pie de la letra.

En la Comunitat Valenciana, además de más capacidad de almacenamiento, hacen falta redes: conectar aguas regeneradas con comunidades de regantes, interconectar las mismas, pensar trasvases no solo como “autopistas” sino como una malla de carreteras autonómicas, provinciales, comarcales y locales. Eso permitiría, en cada momento, usar el agua más adecuada y diseñar auténticos “cócteles de agua”. Y no olvidemos infraestructuras verdes como l’Albufera, que ha funcionado como un gran amortiguador en la última DANA, pero que también requiere gestión (dragados selectivos, mejora de capacidad hidráulica). Todo ello, por supuesto, con la sensibilidad ambiental del siglo XXI: integrando las obras en el paisaje y en la percepción social. Así que sí, hacen falta más infraestructuras hidráulicas, pero sobre todo hace falta un sistema en red, coherente, que nos permita convivir mejor con el agua, cuando falta y cuando sobra.

La excesiva presencia de cañas también agravó los daños de la DANA. ¿Qué gestión debería implementarse en los cauces?

La caña, *Arundo donax*, forma marañas muy resistentes que se enganchan en puentes y obras de paso, generando auténticas presas que multiplican los daños. Además, hablamos de una especie invasora muy competitiva, que desplaza a la vegetación

de ribera autóctona y altera el funcionamiento ecológico del río. Es un problema hidráulico y, al mismo tiempo, ambiental. Existen técnicas para controlarla -mecánicas, químicas, combinadas-, pero ninguna es mágica ni universal. Lo que hace falta es una estrategia de gestión robusta, a largo plazo, no una limpieza puntual “para la foto”. O asumimos que hay que controlarla y pagarlo, como se paga el mantenimiento de una carretera, o conseguimos desarrollar usos (biomasa, materiales, etc.) que ayuden a financiar ese control; seguramente habrá que combinar ambas cosas. En este contexto, los agricultores tienen mucho que aportar: conocen el territorio, tienen maquinaria, experiencia y saben trabajar en condiciones difíciles. Si hablamos de una agricultura multifuncional, que también presta servicios ambientales, confiemos en ellos para la gestión de ciertos tramos de cauces y riberas, mediante acuerdos económicos bien definidos.

Este año hemos sufrido muchos incendios. ¿Qué papel desempeñan los agricultores y ganaderos en la prevención de incendios forestales?

Mantener una agricultura y una ganadería activas en montaña es, hoy, una inversión en prevención, aunque no cuadre la cuenta de resultados solo con la venta de producto. Por eso digo que agricultores y ganaderos tienen un papel central. Tienen el conocimiento, la maquinaria y la presencia diaria en el territorio. Igual que existe la UME, podríamos imaginar algo parecido a

una “unidad de emergencia” formada por agricultores y ganaderos, remunerados por trabajos agroambientales: triturar restos, mantener cortafuegos, cuidar caminos y bancales. Organizar y pagar esos servicios sería infinitamente más barato que apagar grandes incendios. Y la ganadería extensiva, bien manejada, es una desbrozadora con patas. En definitiva, si queremos reducir el riesgo de incendios en un contexto de más biomasa, más CO₂ y más calor, necesitamos al sector agrario como aliado, reconociendo y pagando su función como gestor de territorio y de combustible.

Para finalizar, ¿qué mensaje quiere trasladar al sector agrario?

Sí hay futuro en el campo, y puede ser un futuro muy digno y muy atractivo, pero pasa por asumir tres cosas: que la alimentación es estratégica y no puede depender de otros; que ya no gestionamos la oferta, sino que atendemos una demanda concreta que tenemos que conocer y, en parte, crear; y que necesitamos un cambio profundo en cómo nos organizamos y en cómo contamos las cosas, hacia dentro y hacia fuera. Si hacemos ese esfuerzo -de planificación, de estructura, de orientación al mercado y de comunicación positiva- el campo no solo tendrá futuro: tendrá presente. Y un presente del que mucha gente querrá formar parte.

Lea la entrevista completa escaneando este código QR

